

El papel de los educadores ambientales en el medio rural

Notas para una reflexión

Miguel A. Pinto Cebrián
Aula Medio Ambiente
Caja de Burgos
pinto@medioambientecajadeburgos.com

Un entorno saludable y una herencia patrimonial repercuten directamente en nuestra calidad de vida como personas capaces de reconocer dónde estamos y cómo nos comportamos.

El medio rural del siglo XXI es el depositario de la mayor parte de nuestras tradiciones vinculadas al contacto directo con el medio natural. En él muchos elementos del patrimonio natural se transforman en parte de nuestro patrimonio cultural. No deja de ser una paradoja que, en los últimos 25 años del pasado siglo, mientras desaparecían la mayor parte de las señas de identidad del entorno rural sólo unas pocas personas se hayan dedicado a guardar para el recuerdo algunas de ellas. El medio rural ha quedado relegado a la memoria de las personas mayores, al recuerdo de aquellos que en su infancia llegaron a conocer mulas, burros y machos y al archivo de cuestiones culturales y pintorescas que pueden hacer agradable un fin de semana.

Los pueblos (así se llamaba antes al medio rural), como es sabido, han quedado prácticamente vacío, mantienen una población envejecida y sus valores han cambiado. Sectores como el agrícola, el ganadero y el forestal que tradicionalmente han sido el motor de la economía rural van perdiendo peso en el presente siglo. Incluso algunas de estas actividades tienen mala prensa por su supuesta influencia negativa en el entorno.

Han cambiado los valores y también han cambiado las técnicas de explotación de los recursos. También hay otro discurso que habla de sostenibilidad y beneficios indirectos. El conjunto de la sociedad demanda otros usos del medio rural hasta ahora impensables. Estamos en un momento de cambio profundo y esta es una ocasión única para decidir el modelo de entorno natural que queremos.

En estos tiempos tan urbanos hay una figura interesante: el educador ambiental. Sin entrar a definir su perfil, su papel en el mantenimiento del acervo patrimonial del entorno en general y su responsabilidad en los cambios necesarios para lograr la sostenibilidad de los recursos es obvio. Y sus estrategias deben dirigirse a los protagonistas del medio rural.

La población local ha de implicarse en la gestión; no en vano sus actividades agroforestales repercuten en la vida silvestre. Incluso la forma de manejar el área a veces ha permitido mantener un marco para que la vida silvestre se desarrolle (pensemos en algunos pastizales o en las dehesas). Fortalecer el uso de buenas prácticas agrarias y forestales, adecuadas al área y sostenibles en el tiempo es la mejor garantía de conservación. No obstante, si la población local en su conjunto no es consciente del valor del lugar mucho dinero que tengamos no conseguiremos evitar que la propia población local sea el peor enemigo de su entorno Y eso no es bueno.

Para dar a conocer un lugar y realzar sus valores, la técnica adecuada es la Interpretación del Patrimonio. Beck y Cable, en 1998, en su obra *Interpretation for the 21 Century*, aportan nuevos principios para **la interpretación** y en uno de ellos plantean que esta, **bien sintetizada y fundamentada en una buena investigación, tendrá más poder que un buen discurso**. Hay que aprovechar esta oportunidad. Y esto significa, en primer lugar, mostrar la reserva a la población local para que sean conscientes del gran privilegio que significa contar con una zona como esa. En segundo lugar, hay que explicar de manera comprensible qué estamos haciendo y qué esperamos que ellos realicen para que nos ayuden en la conservación y mejora del área. Al tiempo hay que justificar las normas de uso del territorio y buscar soluciones compartidas. Y hacerles partícipes de la gestión a través de las sugerencias que presenten. Sin su participación será complicado, cuando no imposible, manejar correctamente cualquier área.

Dicho de esta forma, al final todo se reduce a **comunicación**, al menos en una primera fase. Y la herramienta que cumple a la perfección nuestras exigencias para lograr estos objetivos es, sin duda, la Interpretación. Bien aplicada con la población local, de forma en la que podamos descubrir juntos los valores de la reserva y su entorno.

Si bien la existencia de una *Chersophilus dupontii* es motivo de alegría para el ornitólogo, para la población local puede que, simplemente, sea el objetivo de una fritada de pájaros seguramente el presuntuoso nombre científico de la alondra ricotí o de Dupont le deje indiferente. La población local no mira la vida silvestre y los recursos naturales con la misma óptica que los especialistas o los enamorados de la Naturaleza. Ellos conviven día a día con los tordos que en ocasiones les comen las cerezas, por poner un ejemplo clásico. Hay que admitir estos problemas y buscar soluciones compartidas que no deben quedar sólo en prohibiciones o aplacar las iras de los campesinos con plata. Sólo cuando hablemos el mismo lenguaje (administraciones, sociedad urbana y población

local) es posible que logremos algo positivo y que tenga la fuerza suficiente para poder perdurar en el tiempo. De nuevo la interpretación, a través de una de sus características (que lo que se cuente sea comprensible por el destinatario) viene en nuestra ayuda siempre y cuando contemos con la autoridad del conocimiento, **y la humildad y responsabilidad que ello conlleva.**

Humildad y responsabilidad. Bonitas palabras que han de guiar nuestro trabajo de intentar que las personas de toda condición, edad y procedencia se enamoren de la maravillosa vida que aún se encuentra en el medio rural. Humildad para admitir que la población local puede aportar ideas interesantes de manejo tradicional que nos permitan conservar un paisaje en el que se desarrolla la vida silvestre que queremos mantener y responsabilidad para ser capaces de asumir este trabajo cuyo fin último es legar nuestro patrimonio a las generaciones futuras.

No todo se debe reducir a la población adulta. Las niñas y los niños del área de influencia de los espacios protegidos son las mujeres y los hombres que, al igual que sus padres y abuelos, ejercerán sus actividades en la zona. Eso si no se ven obligados a emigrar a las ciudades en busca de algún trabajo porque el medio rural no les brinde las oportunidades que les proporcionen una vida digna. Que amen su lugar de nacimiento, que lo respeten y crezcan con él es algo fundamental. La **educación ambiental**, tanto en programas dirigidos a las escuelas como a opciones de tiempo libre se transforma en una herramienta eficaz a largo plazo.

El papel de la interpretación será, en este contexto, el de servir de motor de arranque, de elemento motivador de expectativas e ilusiones que luego deberán hacerse realidad. No me refiero a grandes expectativas sino a las pequeñas cosas que pueden hacer que la vida de las personas sea más rica interiormente. Me refiero a que las niñas y los niños se sientan parte de un lugar y de un proyecto de futuro y que participen en él. Así, en las actividades realizadas fuera de la escuela y promovidas desde las direcciones de las reservas, la interpretación como técnica tiene especial protagonismo. La creación de pequeñas brigadas ecológicas que aprendan a conocer la flora y la fauna local, con pequeños cometidos dentro del área seguro que da buenos resultados y es muy posible que alguna niña o algún niño se decida por querer saber más, lo que puede significar un cambio muy positivo a nivel personal. Al mismo tiempo, estas niñas y niños serán vehículos de difusión de las ideas del proyecto de gestión, llegando a sus padres y resto de familiares con mucha eficacia, creándose un efecto multiplicador muy interesante.

Si buscan en esta ponencia un manual técnico de interpretación aplicada a la educación ambiental en áreas protegidas, lamento haberles decepcionado. Como ya les advertí, creo que es mejor reflexionar y eso espero haberlo logrado con estas líneas. Confío haber sembrado inquietudes suficientes para que cuestionen cualquier modelo que les presenten o que estén aplicando en sus lugares de trabajo. Pregúntense si hacen o no interpretación, educación o lo que sea y tengan presente que lo que nos jugamos con este trabajo es el futuro patrimonio de nuestras hijas e hijos.

Los educadores ambientales y los intérpretes del patrimonio manejamos la esencia de nuestra tierra, aquello que la hace diferente al resto y que nos identifica. Es, quizás, aquello de lo que cualquier pueblo puede sentirse orgulloso de tener y mostrar a otros pueblos que se verán reflejados en estos lugares. A fin de cuentas todos los seres humanos compartimos este mismo cuarto llamado tierra y, queramos o no, todos tenemos nuestro patrimonio común. Contar a todo el mundo lo bonita que es la vida merece la pena.